

## CAPÍTULO II

### TIEMPOS FABULOSOS

Opiniones sobre los primitivos habitantes de América.—Génesis maya.—Creación del primer hombre.—Los gigantes.—Los enanos.—Primeras inmigraciones.—Dificultades para aceptar la oriental.—Probabilidades en favor de otras.—Imperio votanida.—Algunas de las tribus que lo habitaron, pudieron haber emigrado á la Península.

El origen de los primitivos habitantes de América está envuelto en las tinieblas del más profundo misterio. Esta misma oscuridad ha dado margen á un número inmenso de conjeturas, para cuyo estudio no bastaría la vida de un hombre. Escritores y filósofos de todas las naciones—pero especialmente españoles—han escrito volúmenes enteros sobre tan difícil materia, y no hay un pueblo del antiguo continente al cual no se haya atribuido la paternidad de este hijo misterioso encontrado en el hemisferio opuesto. Los hebreos, los caldeos, los asirios, los fenicios, los persas, los chinos, los egipcios, los cartagineses, los griegos, los romanos, y hasta los pueblos más modernos de Europa, han sido alternativamente designados como los progenitores de la raza americana.

Para probar todas estas teorías, se han registrado hasta los rincones más ocultos de las Bibliotecas y se ha dado tortura á libros y manuscritos de todo género, para hacerles decir cosas que jamás tal vez imaginaron sus autores. Pero

como, á pesar de todas las pruebas, quedaba siempre la duda sobre el paso que debieron seguir para trasladarse de uno á otro continente, se creyó resolver la dificultad imaginando istmos, estrechos, mares helados, conmociones de la Naturaleza, navegantes extraviados de su rumbo; y como si esto no hubiese sido bastante, se sacó del fondo de las aguas aquella famosa Atlántida, de que habló Platón en su *Timeo* (1).

En los últimos tiempos han comenzado á ser relegadas al olvido todas estas investigaciones y han aparecido dos escuelas de distinto género: una, que hace á los americanos autóctonos de este continente, y otra que, sin preocuparse mucho de su origen, los cree una de las razas más antiguas del globo y hace al hemisferio occidental cuna de la civilización del mundo (2). El abate Brasseur de Bourbourg es el apóstol más ardiente de la segunda hipótesis, y puede decirse que en los últimos años de su brillante carrera literaria casi no tuvo otro objeto que acumular datos para probarla. Como muchos de estos datos están tomados de los recuerdos y vestigios que Yucatán conserva de la más remota antigüedad, se tropezará á cada instante con ellos en las páginas de nuestro libro.

Nosotros no nos detendremos á investigar el origen de los primeros pobladores de América, así porque sólo escribimos la historia de una pequeña parte de esta región, como porque, según ha observado Humboldt (3), «la cuestión general sobre el primitivo origen de los habitantes de un continente, excede de los límites de la Historia, y acaso aun de la Filosofía». Por lo que toca á la Península, nuestro deber

(1) Puede verse un examen rápido, pero muy juicioso, sobre todas estas teorías, en la *Historia antigua de México*, por CLAVIJERO, tomo II, disertación I.

(2) *Manuscrito Troano*, tomo I, § VII.

(3) *Ensayo político de la Nueva España*, tomo I, libro II, capítulo VI.

se limita á hacer constar que ella tenía ya habitantes, según todas las apariencias (4), cuando se verificaron las primeras inmigraciones que la tradición recuerda. ¿De dónde vinieron? No tenemos embarazo en confesar que lo ignoramos. Pero lo que el historiador no se atreve á examinar por falta de datos que tranquilicen su conciencia, la Mitología se ha encargado de explicarlo.

Según el Génesis maya, Dios tomó en sus manos una porción de tierra y otra de *zacate*, y de esta mezcla formó al primer hombre. De la tierra salieron la carne y los huesos, y del *zacate* el pelo y todo el vello que cubre el cuerpo humano (5). Parece que esta creación se verificó en un lugar llamado *Hunanhil* (6), y el abate Brasseur cree que se refiere á la del hombre prehistórico, anterior al cataclismo (7).

Después de la creación del primer hombre, viene esa vaga tradición encontrada en todos los pueblos del antiguo y nuevo continente; pero cuyos fundamentos y examen no caben en el carácter de este libro. Hablamos de los gigantes. ¿Existió entre los mayas la noticia de que su país hubiese sido habitado alguna vez por la raza de los ciclopes ó de aquellos *quinamés* encontrados por los olmecas en las

(4) Zamná es el primer inmigrante cuyo nombre recuerdan las tradiciones mayas. Ya veremos más adelante que cuando éste entró en Yucatán encontró ya habitada la Península.

(5) COGOLLUDO, libro IV, capítulo VI.—En los primeros tiempos de la dominación española, los misioneros tenían empeño en buscar semejanzas entre la religión cristiana y la mitología maya. Con este objeto interrogaban sin cesar á los indios, y éstos, que tenían empeño en agradarles por el apoyo que les prestaban contra los conquistadores, no tenían inconveniente en dar pábulo al afán de sus maestros, asegurando que existían estas analogías. No es nuestra la observación, sino de un sacerdote católico, el abate BRASSEUR. ¿La tradición del *Hunanhil* no pertenecerá el número de las complacencias de los neófitos?

(6) El P. BELTRÁN, citado por BRASSEUR en el vocabulario del *Manuscrito Troano*, artículo *Hunanhil*. DON JUAN PÍO PÉREZ, en su *Diccionario*, se limita á traducir esta palabra por *paraíso terrenal*.

(7) Vocabulario, artículo citado.

riberas del Atoyac? Carecemos de datos para afirmarlo, aunque hay dos hechos que forzosamente llaman la atención del observador: este pueblo tenía en su idioma la palabra *chac*, que significa gigante (8), y reverenciaba en sus altares á un dios del mismo nombre (*Chac*), cuya imagen era gigantesca, y á quien se atribuía la invención de la Agricultura (9). Pero lo que ningún indio ha osado afirmar nunca explícitamente, ha dado margen á dos historiadores europeos para hacer las más curiosas conjeturas. Cogolludo habla de unos huesos desenterrados en 1647 en un sepulcro de Bécal, y afirma que sus dimensiones eran tan extraordinarias, que forzosamente debieron pertenecer á algún gigante (10). Landa refiere otra exhumación semejante, y la altura de más de dos palmos que tenían los escalones en los templos de *T-hó* y de *Itzmal*, le hizo concluir que aquellos edificios no debieron haber sido construidos ni usados por una raza tan pigmea como la de nuestros días (11).

El misterio que rodea á las ruinas de que está sembrada la Península, se presta á suposiciones de tan distinta naturaleza, que no es de extrañarse que, de su examen bajo otro aspecto, el vulgo haya llegado á una consecuencia precisamente contraria á la de Landa. Las puertas en algunos edificios son de una pequeñez insólita, y de esta circunstancia se ha llegado á deducir que estuvieron habitados por enanos (12). Todavía, en 1842, M. Stephens encontró huellas de esta tradición en el interior del país (13), y la casa del *enano* en Uxmal, y las consejas que la rodean, son cuando menos una prueba de la antigüedad de esa creencia.

(8) DON JUAN PÍO PÉREZ, *Diccionario de la lengua maya*, palabra *Chac*.

(9) COGOLLUDO, obra citada, libro IV, capítulo VIII.

(10) Obra citada, libro IV, capítulo III.

(11) *Relación de las cosas de Yucatán*, § XLII.

(12) Los indios, que refieren una porción de fábulas sobre nuestras ruinas, dicen que estuvieron habitadas por *ppuses* (enanos ó más bien corcovados).

(13) *Viaje á Yucatán*, tomo II, capítulo XXI.

En pos de los gigantes viene ya la tradición menos oscura, recogida por Lizama, y según la cual Yucatán debe su población á dos inmigraciones: una muy considerable, que vino del Occidente, y otra menor, que llegó del rumbo opuesto. Todo el fundamento de esta tradición descansa en una conjetura que Lizama sacó de las voces *Cen-ial* y *Noh-en-ial*, con que se pretende que los antiguos mayas designaban respectivamente el Oriente y el Occidente (14). En opinión de este escritor, la primera palabra significa *pequeña bajada*, y la segunda *bajada grande*, y de allí ha deducido que una tribu numerosa descendió del Oeste al país, y otra del Oriente. La traducción de *Cen-ial* no cuenta con la autoridad de ninguno de los diccionarios que tenemos á la vista, pues no hay uno solo que dé al monosílabo *cen* la significación de pequeño. ¿Pertenece á la lengua maya antigua, perdida ya en opinión de muchos, y que sólo hablaban los príncipes y los sacerdotes?

La inmigración oriental, que sólo pudo haber venido de las Antillas ó del antiguo continente, carece en nuestro concepto de verosimilitud. Las tribus incultas y pusilánimes que habitaban aquellas islas en el siglo xv, no tienen ningún punto de consanguinidad con los valerosos y civilizados mayas de la misma época. La Filología, que es uno de los auxiliares más poderosos de la Historia, se rebelaría también contra esa comunidad de origen. La lengua maya es completamente distinta de todas las que se hablaban en las Antillas. El lector, á quien suponemos poco más ó menos conocedor del primer idioma, no tendría necesidad de ocurrir á los vocabularios haitiano y cubano, de que se han publicado algunos fragmentos, para persuadirse de esta verdad. Le bastaría recordar que casi todas las producciones de América son conocidas en el español con el nombre que

(14) LIZAMA, *Historia de Nuestra Señora de Izamal*, § III del extracto de esta obra, publicado por el abate BRASSEUR en su *Colección* ya citada.

tenían en las islas en la época del descubrimiento, y comparar estos nombres con las palabras que en maya tienen la misma significación (15).—A pesar de todas estas observaciones, que no nos parecen destituidas de fundamento, no ha faltado quien crea que «la isla Española ó Haití, lo mismo que Cuba, estuvieron antiguamente habitadas por naciones análogas á las de Yucatán» (16).

Menos probable nos parece que la inmigración oriental hubiese venido del antiguo continente. Landa la acepta, sin embargo, y supone que se compuso de judíos, á quienes Dios abrió *doce* caminos por en medio de las aguas (17). Lizama se declara partidario de los cartagineses, á quienes trae á la Península, haciendo escala en Santo Domingo y Cuba (18). Se ha dicho, para fundar estas opiniones, que en las montañas de la última isla, en el interior de la primera y aun en Jamaica, se han encontrado restos de construcciones ciclópeas y rocas esculpidas, en las cuales se han creído reconocer caracteres del mismo género que los del alfabeto hebreo (19).

Si la inmigración oriental parece imposible por las razones que acabamos de exponer, no sucede lo mismo con la occidental y con otra que, en opinión de Landa, pudo haber venido del Mediodía. Unida la Península al continente por el Oeste y por el Sur, es muy verosímil que las tribus que en diversas épocas habitaron las provincias de México y de

(15) Confróntense, por ejemplo, MAÍZ con *ixim*, ANONA con *op*, TABACO con *kutz*; y en otro orden de ideas, CACIQUE con *batab* ó *halach uinic*, etc. Las palabras escritas con mayúsculas pertenecen, con ligeras variaciones ortográficas, al idioma de Haití ó Cuba, y las escritas con bastardilla al maya.

(16) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Relación de las cosas de Yucatán*, página 356.

(17) *Relación* citada, § V.

(18) Extracto citado, § V.

(19) *Relación* citada, página 356, nota 1.—El abate no se atreve á cargar con la responsabilidad de esta noticia, y se refiere á los que dicen haber visto las esculturas citadas en el texto.

Guatemala, hubiesen franqueado algunas veces sus límites para introducirse en la nuestra. Pero inútil sería buscar en los mutilados restos de nuestra historia los nombres de estas tribus, las causas de su inmigración y la época en que la verificaron. Un celo indiscreto—menos religioso tal vez que político—condenó á las llamas, en los primeros días de la dominación española, los documentos en que los mayas consignaban sus anales (20); y el historiador que se ve obligado á arrancar sus secretos á esta época remota, tiene que andar á tientas para no hundirse en el caos que se extiende ante sus ojos.

Salgamos un instante de la península yucateca; hagamos una ligera incursión á los países vecinos, y allí tal vez encontraremos un débil destello que nos alumbre. En una época que no es posible fijar, pero anterior indudablemente á la Era cristiana, existió en la América Central un Imperio teocrático, al cual dieron sus enemigos el nombre de *Xibalbá*. Debía ser una nación poderosa y civilizada, como lo muestran las notables ruinas esparcidas en aquel territorio, y especialmente la del *Palenque*, cuya ciudad, en opinión del abate Brasseur (21), pudo haber sido su capital. Nada se sabe de *Xibalbá*, sino es que sostuvo luchas sangrientas con las tribus de raza *nahuatl*, que descendiendo del Pánuco, á lo largo del golfo de México, se establecieron en Xicalango, á las inmediaciones de la actual isla del Carmen.

Se ignora el tiempo en que los *nahoas* ó *nahuats* verificaron esta irrupción y el motivo que los impulsó á entrar en lucha con los *xibalbaidés*. Parece, sin embargo, que la religión de *Quetzalcoatl* y la reforma del calendario que traje-

(20) El obispo LANDA, ese mismo escritor á quien tantas veces hemos citado y citaremos en adelante, fué el destructor de estos documentos en una especie de auto de fe que celebró, en Maní, en los tiempos inmediatos á la conquista. En la segunda parte de nuestra obra trataremos con más extensión de este incidente.

(21) *Archivos de la Comisión científica de México*, tomo I, página 97.

ron consigo los inmigrantes, dió origen ó sirvió de pretexto á la contienda. Los *xibalbaidés* tenían un culto que participaba algo del sabeísmo y aborrecían los sacrificios humanos. Los *nahoas*, al contrario, profesaban una religión plagada de sombríos misterios y fundada en la personificación de los elementos y en los fenómenos de la Naturaleza. La guerra tuvo un resultado desastroso para los *xibalbaidés*, los cuales, viéndose obligados á emigrar, se refugiaron en los países vecinos, y algunas tribus se remontaron hasta el Darién y el Perú. Los *nahoas*, dueños del campo que le abandonaron sus antagonistas, fundaron en el valle de Ocozingo la ciudad de *Tulhá* ó *Tula*, de donde les vino el nombre de *toltecas*. Pocos siglos gozaron de su triunfo; porque vencidos á su turno por otras razas, se vieron también en la necesidad de emigrar. Algunas de sus fracciones se dirigieron á la región oriental, que sólo puede ser Yucatán, mientras que el mayor número flanqueó la cadena de las cordilleras de Guatemala, se escalonó en el litoral del Pacífico y desde allí se dividió para repartirse por otras comarcas (22).

¿Hay en nuestra Península algún recuerdo, alguna huella de la irrupción de estos dos pueblos rivales? Según Brasseur de Bourbourg, el libro sagrado de los *quichés* llama *Ah-Tza*, *Ah-Tucur*, á los jefes de los *xibalbaidés*, que se refugiaron hacia el Oriente después de su derrota (23). Los *itzaes*, que dieron su nombre á *Chichén* y que tal vez fundaron á *Itzmal*, ¿serían de la tribu de los *Ah-Tzaes*, como parece indicarlo la identidad del nombre? El sabio abate se inclina á resolver afirmativamente esta cuestión.—En cuanto á los *nahoas* ó *toltecas*, es probable que, no una sola vez, sino varias, hu-

(22) Esta no es más que una relación abreviada de la que traen varios historiadores de América. Consúltese especialmente al abate BRASSEUR, en los *Archivos de la Comisión científica de México*, tomo I.

(23) *Relación de las cosas de Yucatán*, página 35, nota 3.

biesen invadido la Península, como veremos más tarde, cuando hablemos de los *Tutul Xius*. La raza *maya*, que profesaba el culto de *Kukulcán*, divinidad muy semejante al *Quetzalcoatl* tolteca, ¿no será la tribu que descienda de los *nahoas*?

El capítulo siguiente, destinado á hablar de las razas que sucesivamente invadieron á Yucatán, dará alguna luz para resolver estas cuestiones.

### CAPÍTULO III

Razas que poblaron á Yucatán.—El hombre prehistórico.—Los itzaes.—Los mayas.—Los caribes.—Nombres antiguos de la Península.—Ulumil ceh y Ulumil cutz.—Onohualco.—Chacnovitán.—Yucalpetén.—Zipatán.—Mayab.—Observaciones especiales sobre la última palabra.

Algunos historiadores suponen muy difícil el hecho de que Yucatán hubiese sido poblado por razas distintas, fundándose en que en el siglo XVI, en que se verificó el descubrimiento, un solo idioma—el idioma maya—se hablase en toda la extensión de la Península (1). El argumento no carece de valor, si se considera que muchos pueblos del antiguo mundo, que sucesivamente han sido invadidos por distintas razas, no han llegado todavía á unificar su idioma. La España, por ejemplo, que, entre otras invasiones, ha sufrido la de los romanos, de los cartagineses, de los godos y de los árabes, conserva todavía un buen número de idiomas indígenas, que se han modificado más ó menos al contacto de las lenguas extranjeras; pero que aun permanecen completamente extrañas entre sí. El argumento adquiere mayor fuerza, si se fija la atención en el carácter del antiguo yucateco, que se apega tenazmente á todo lo que es indígena y rechaza como por instinto todo lo que es de origen extranjero.

(1) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, tomo I, libro IV, capítulo III.